



ESPIRITUALIDAD SEGLAR

Manuel Ruiz Jurado, S. J.

El interés que se ha desarrollado en los seculares por su propia vida espiritual ha despertado serios intentos de encontrar los caracteres específicos de una espiritualidad secolar. Se trata de llegar a una definición.

Al introducirse uno en esta tarea viene a veces la impresión de tener ante sí una madeja suelta a la que cada cual da su propio impulso para que ruede en una nueva dirección.

Hay quienes han pretendido ordenar y aclarar sistematizando; pero a partir de bases demasiado empíricas y con no demasiada visión teológica. Al deseo de llenar ese vacío de fundamentación teológica viene como una considerable aportación el grueso tomo de YVES CONGAR "*Jalons pour une théologie du laïc*" (1). Se hace necesario

(1) Y. M.-J. CONGAR, *Jalons pour une théologie du laïc*. Paris 1953, Ed. du Cerf. H. HOLSTEIN en NRT, 76 (1954) p. 176, ha dicho de este libro: «Les dimensions et le poids de l'oeuvre magistrale du P. Congar inspirent un respect volontiers craintif».

acudir a la base teológica para comprobar su firmeza y fertilidad, si queremos que cualquier teoría sobre la espiritualidad seglar pueda enraizar, crecer y desenvolverse en campo auténtico. ALDAMA, DE LA POTTERIE, PHILIPS y RAHNER, entre otros, nos ofrecen ideas aprovechables y estudios interesantes en orden a esa fundamentación (2).

Expondré primero algunas direcciones que a mi entender son estériles con grave perjuicio para el movimiento de espiritualidad seglar que tantos frutos debe dar a la Iglesia. Pero enseguida pasaré a sugerir las ideas que, según pienso, serían fructuosas para la estructuración de una espiritualidad seglar más teológicamente fundada, de acuerdo con la marcha de las más recientes aportaciones. A ese gran fin positivo de promover eficazmente los auténticos deseos de santidad seglar oriento mi trabajo.

Diversos intentos: Huída-encarnación

Querer encontrar lo característico de la espiritualidad seglar en su *no alejamiento del mundo* por oposición a la monacal y, hablando en términos más precisos, a la de los Institutos religiosos, según la dialéctica huída-encarnación, evasión-asunción, me parece un punto de vista superficial o contraproducente, si se intenta sacar a luz las últimas consecuencias.

Lo creo superficial por fundarse en algo externo y de poco fondo. Porque, si se pretende llevar el no alejamiento al sentido espiritual, como se hace a veces, resulta contraproducente. Jesús nos dijo: "Porque no sois del mundo, sino que yo os entresaqué del mundo, por eso el mundo os odia" (Jo. 15,19).

Trasponiendo debidamente las expresiones, la huída espiritual del mun-

do, alejamiento o renuncia del corazón, tiene que hacerla el seglar, si quiere seguir a Cristo. El "mundo" es un enemigo del alma, que odió a Cristo y odia también a los que sean de Cristo (3). El "mundo" está todo él en manos del mal (4), y por esa razón no lo debemos amar, según el pensamiento de S. Juan (5).

Al mundo en sentido material, ni renuncian los religiosos ni los seglares. Y si nos fijamos en otro sentido de la palabra —actividades que no entran en el marco de un claustro—, sólo renuncian a él los religiosos, *en parte y según sus diversos Institutos*. Así que en este terreno sólo es cuestión de grados. La renuncia y la encarnación, de una u otra manera, con mayor o menor amplitud, es común a seglares y religiosos. Dada nuestra naturaleza caída, la renuncia no es sino un medio que, en determinadas circunstancias o tentaciones resulta el más eficaz para llevar a cabo la encarnación o soberanía de Cristo por su gracia en todas las cosas, que es el fin que se pretende.

Por otra parte, muchos religiosos realizan también ese acercamiento y penetración del mundo para santificarlo, sin tener por vocación promover los negocios seculares, y sin aseglararse lo más mínimo. Lo propio del seglar, a este respecto, sería vivir más entrañado en determinados aspectos de la realidad humana, dedicarse a una ocupación profana, o, al menos, sin obligación de atender por oficio a ministerios sagrados. Es una situación real, que constituye un elemento digno de ser tenido en cuenta cuando tratemos de especificar la espiritualidad que le sea propia.

Pasividad-creatividad

Tampoco parece adecuado buscar la diferencia característica oponiendo la *obediencia pasiva* a un marco hecho a la creatividad del seglar. Tal enfrenta-

(2) J. A. ALDAMA, *Proyección*, nn. 5, 6 y 7.

J. DE LA POTTERIE, *NRT*, 80, 1958, 840-53.

G. PHILIPS, *Ephemerides Theologicae Lovanienses*, 35 (1959) 877-903.

K. RAHNER, *NRT*, 78 (1956) 3-32.

(3) Cfr. Jo. 15, 18-9.

(4) I. Jo. 5, 19.

(5) Cfr. I. Jo. 2,15.

miento ha llevado a calificar de "femenino" el primer tipo y de "masculino" el seglar, con manifiesta carencia de objetividad y la consiguiente desaprobación de los que se han sentido ofendidos por lo poco apropiado y falso de la expresión.

Aunque esta oposición tiene la apariencia de fundarse en la definición canónica de vida en común para enfrentarla a la situación libre del seglar, resulta tan deficiente como la anterior. Tanto al seglar como al religioso se le da un marco para la santidad: el de las virtudes evangélicas; y unas circunstancias peculiares de lugar, tiempo, carácter, ambiente, relaciones... El marco será uno u otro; pero, en todo caso, con múltiples posibilidades del ejercicio de la libertad de decisión personal, tantas que aún la personalidad más rica no las llega nunca a agotar.

El religioso ha dejado voluntariamente fuera de su campo una serie de circunstancias para consagrarse a las posibilidades inexhaustibles de su forma particular de vida, al marco más eficaz en orden a su santidad. El seglar ha de realizar esa labor excluyente de circunstancias adversas a su santidad en un número de casos mayor; y, por decirlo así, cada día. Ambos han de actuar así, no por desconocimiento, dejación, o apatía, sino por la dinámica incoercible de la vida divina que rebosa en su alma, y los impulsos actuales de la gracia. Ambos, a proporción de su abundancia en gracia, han de seguir remachando cada día los clavos de la cruz propia, dejando sin satisfacer y negando los impulsos que tienden a sacarlos del marco donde se desarrollará, sin agotarse, su propia santidad. Ambos tienen como único patrón la voluntad de Dios. No pueden fabricar su vida a capricho. La diferencia se halla en el modo de encontrar esa voluntad de Dios y acomodarse al único modelo. El seglar lo ha de realizar en circunstancias más difíciles, menos aptas, con más peligro de engañarse, aunque ambos tengan las gracias necesarias para llevar a

cabo su empeño. Es la ventaja de los consejos evangélicos. Algún valor real ha de tener la frase de Jesucristo. "Todo el que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o fincas por Mí, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna" (Mt. 19,29). Téngase en cuenta que esta frase fue la respuesta a la pregunta de S. Pedro: "Nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido, ¿cuál ha de ser nuestra recompensa?" (Mt. 19,27).

Si atendemos a la originalidad de cada santidad personal, en los dos casos (del religioso y del seglar) queda amplio margen a la diferencia que llevan consigo el estilo y las cualidades personalísimas de cada alma guiada por el Espíritu Santo, el uso de unos medios más que de otros, la práctica más constante de unas virtudes que de otras... Aun los santos de un mismo ambiente u Orden Religiosa pueden diferenciarse enormemente en sus modalidades personales. Compárese Santa Teresa de Avila con Santa Teresa de Lisieux, San Ignacio con San Francisco Javier, Santo Tomás de Aquino con San Vicente Ferrer. Y advirtamos que para la santidad cristiana, ni la más secundaria virtud evangélica puede faltar, aunque el campo en que se ejercite sea diverso.

Concordia entre lo natural y lo sobrenatural

Se ha intentado también una definición abstracta, que ve más bien la línea de demarcación exacta, en la concordia que el seglar ha de realizar entre lo natural y lo sobrenatural. Esta tendencia se puede reducir en su base a las anteriores. Por eso sus consecuencias corren el mismo riesgo. Afirman algo común a toda espiritualidad católica. En caso contrario, se establecería una oposición que concluiría negando a la vida religiosa algo esencial como es la necesaria concordia entre lo sobrenatural y lo natural; o se dejaría al seglar, al extremar su oposición al monje en esta línea, sin la renuncia y el espíritu de abnegación necesarios a toda perfección cristiana.

En resumen, creo que estas oposiciones no dan al fin resultado satisfactorio, porque si se toman en su sentido estricto y esencial, los dos elementos que las integran se han de sintetizar debidamente y no excluirse, en toda espiritualidad cristiana. Si se toman en un sentido más externo y superficial quedan faltos de perspectiva teológica.

En todo caso, hay que lograr en la vida propia una síntesis de aquella enseñanza del Señor que nos recomienda la huída del mundo y la que nos propone como sal de la tierra y levadura de la masa. El éxito está en hallar el camino entre el optimismo excesivo de una encarnación sin límites ni prudencia, y el absentismo del que no pusiera su interés aun en los compromisos temporales. No se puede sacrificar la paradoja cristiana inherente a nuestra situación de aquí. Estamos en ruta —“in via”— y el consejo es bien claro. “Sic transeamus per bona temporalia ut non amittamus aeterna” (6).

He aquí la meta que propone San Pablo para realizar esa difícil síntesis: “Los que tienen esposas, como si no las tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que gozan, como si no gozasen; los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen; pues pasa la exterioridad de este mundo” (1 Cor. 7,29-3131). No que no poseamos nada, sino que nuestro tesoro esté en el Cielo, para que podamos pasar como si no poseyéramos; porque todo lo de aquí sólo es para nosotros como una huella, sombra, y participación de nuestra herencia, pero a la vez, medio de manifestar a Dios nuestro amor y el interés por su gloria.

Supuestos ascéticos

En cualquier estado de vida hemos de tomar la cruz cada día para seguir

(6) De la Oración del Domingo 3 después de Pentecostés: «De tal modo pasemos por los bienes temporales, que no perdamos los eternos».

a Jesús (7). La cruz, esencial en el camino cristiano, ha de señalar nuestra espiritualidad, a lo menos para dominar al hombre carnal, para purificar el uso que hacemos de las cosas y el trato de las personas, para hacernos posible la caridad al salir de nuestro egoísmo. La cruz grabará su huella en el trabajo de cada uno. Y también nos tiene que enseñar la cruz, más tarde o más temprano, esa difícil lección cristiana de la teología del frasco: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto” (Jo. 12,24).

No conviene engañarse. Toda espiritualidad que se llame cristiana tiene que conducir por la mucha oración, la sobriedad y la pureza, por la renuncia a los placeres mundanos, la penitencia, la caridad del prójimo, y el ejercicio de otras muchas virtudes, para llegar a la perfección (7 bis).

La perfección es una: la virtud heroica, o lo que es lo mismo: la caridad plenamente desarrollada, que ha de llevar consigo todas las demás virtudes. El camino mejor para la perfección es la observancia de los consejos evangélicos; por tanto, cuanto más ordene uno su vida según el espíritu de los consejos evangélicos mejor caminará hacia la perfección. La vida religiosa es la que profesa por esencia propia, dada formalmente por el Derecho Eclesiástico, pero basada como en su último fundamento en el derecho divino, el seguimiento de los consejos. Pero no sólo la perfección claustral, sino toda perfección, tiene que ser ajena al “mundo”, y cuanto más se aleja uno del “mundo” más perfecto será. Por lo tanto “todo sistema ascético o doctrina, que de cual-

(7) Cfr. Luc. 9,23; y G. PHILIPS art. cit. (7 bis) Véase Geist und Leben, 34 (1961) p. 65-8: Wulf achaca a Auer haber trastocado el acento de algunas verdades fundamentales del cristianismo. Le recuerda que no estamos en un orden puramente natural sino sobrenatural. Por la crucifixión con Cristo es como resucitaremos con El. Morir al mundo es el modo de redimir al mundo. p. 900-903.

quier manera tienda a las cosas mundanas, es falso, aunque se vista de mundo para atraer a los hombres" (8).

Posición del seglar en la Iglesia

Ahora conviene examinar teológicamente la posición del seglar en el interior del pueblo de Dios. El seglar posee la sacralidad que le confiere la pertenencia al pueblo de Dios, el estar consagrado a la Trinidad y a su culto por el bautismo y la confirmación. Por esa consagración puede dar a Dios un culto que no pueden ofrecerle los no cristianos. No es sujeto de la misión jerárquica que da a la Iglesia su estructura particular, y así ocupa el seglar la categoría del *no consagrado de modo especial y oficial* a Dios; pero participa en la dignidad del Cuerpo Místico de Cristo, en su organización y en sus funciones. Se encuentra en el punto de sutura entre la Iglesia y el mundo (9). Por medio del seglar, la Iglesia llega a actuar la vitalización sobrenatural de la sociedad e instituciones humanas (10).

La familia, la escuela, las ciencias, el arte, la economía, la política, son otros tantos campos en los que debe derramar su influjo benéfico la vida sobrenatural del seglar que busca la perfección cristiana. CONGAR concluye: "Los seglares están en el mundo en cuanto cristianos para hacer en él la obra de Dios en cuanto debe hacerse en y por la obra del mundo" (11).

En el mundo de hoy

Como la actuación del seglar se ha de llevar a efecto en el mundo de hoy, conviene considerar varios factores de época, si se intenta programar una espiritualidad seglar hoy. Al menos los siguientes, creo que han de tenerse en

cuenta. Nos encontramos inmersos en una *civilización* y una *cultura* que marchan *al margen de los principios cristianos* y pretenden cada vez más desentenderse de lo sagrado. Hay una organización cada día mayor de las fuerzas ateas y de las funciones estatales e internacionales. Se respira un clima de aprecio de la *independencia* y de las libertades de la persona como valores de cotización universal. En cambio, despersonalización de hecho, *absorción de la persona* por las fuerzas materiales, y *ligereza superficial*, fácil volubilidad ante los embates psicológicos del entorno. Se nota en todas partes la exigencia del testimonio eficiente de las *realidades concretas* más bien que de teorías abstractas y aéreas. Por último, no podemos prescindir del desarrollo dogmático de las *ideas eclesiológicas* (12).

Según todas estas consideraciones, en la estructuración de una espiritualidad seglar hoy, habrían de entrar como líneas de orientación:

a) Reactivación y *actualización del carácter sacramental* propio del seglar por el bautismo: participación en el sacerdocio de Cristo mediante el ofrecimiento diario de la propia vida junto con el sacrificio de Cristo, el alimento de la comunión diaria, y la activa cooperación desde su puesto al culto divino;

b) Profundo *sentido, comunitario, eclesial*, de su papel de colaborador activo a las directrices de la Jerarquía para la edificación del Cuerpo de Cristo, incorporando a ellas su actividad privada y pública;

c) *Mística del deber de estado* como medio de testimoniar su fe en Cristo y de hacer llegar su gracia y su revelación a todas las instituciones humanas;

d) *Espiritualización del matrimonio* sentido como cooperación a la obra divina de la creación y a la extensión del Cuerpo de Cristo. Mística de las relaciones matrimoniales: imitación, en

(8) L. HERTLING, «*Theologia Ascetica*». Roma, 1944, p. 37-9.

(9) Y. M.-J. CONGAR, ob. cit. pág. 641.

(10) Pío XII, *alocuc.* 20-2-1946. AAS, 38, 149; cfr. discurso de S. S. JUAN XXIII 10-1-60. AAS, 52, 83-90.

(11) CONGAR, ob. cit. p. 38.

(12) L. LOCHET, *Christus*, 13, 1957, 78-80.

algún sentido, del engendrar del Padre al Hijo en el Amor:

Ejercicio de la discreta continencia (a veces) entre los esposos, y del desprendimiento generoso para obviar en lo posible los inconvenientes señalados por S. Pablo: solicitud demasiada y división del corazón (13).

Amoroso e intenso cultivo de la vida familiar como célula fundamental de la Iglesia;

e) Subordinación racional consciente, o “*cristofinalización*”, según el término actual, del cuerpo, el deporte, y la división.

f) *Rica interioridad*, sólidamente asentada en el *encuentro personal con Cristo* en la meditación y conversación frecuente con El, al no ser sostenida en la mayor parte del mundo por las estructuras sociales, y como eficaz antídoto contra la ligereza e influjos del ambiente exterior;

g) Campeando en todo ello la *cruz* —tan amenazada por el naturalismo—, como sello de todo cristianismo auténtico, por el sentido de la penitencia, la abnegación, y la valoración positiva del dolor y del fracaso.

(13) I Cor. 7, 32-40; cfr. L. DE LA PUENTE, «Obras Espirituales», t. 2, trat. 5, c. 12, en donde expone preciosa y abundante doctrina acerca de la perfección en el estado matrimonial.

Conclusión

He señalado estas orientaciones en forma de esquema que habría que desarrollar detenidamente. Sobre cada una de ellas se ha escrito y se sigue escribiendo hoy con cierta profusión. No es que me parezcan las únicas líneas necesarias e imprescindibles todas en cualquier espiritualidad seglar, sino más bien como un bosquejo sintético de ruta que seguir y promover, dejando a un lado el camino de las oposiciones señaladas en la primera parte, por los inconvenientes allí aducidos.

Por descontado doy que aun dentro de la seglaridad caben muy diversas clasificaciones y casos particulares.

En las líneas sustanciales, el esquema de espiritualidad seglar no puede ser demasiado original con respecto a toda otra espiritualidad cristiana. El camino para alcanzar la santidad, no es más que uno en esencia (14). Las diversas espiritualidades sólo son la adaptación del único ideal evangélico a los diversos estados de vida (15) o condiciones particulares de cada uno. Por eso el de espiritualidad seglar sólo habrá de adoptar como novedad los matices y detalles accidentales que provienen de la diferente situación humana del seglar en la Iglesia y en su tiempo.

(14) L. HERTLING, ob. cit. p. 37.

(15) Cfr. J. DANIELOU, *Études*, febrero 1961, 270-4.

